

A ñ
é ß

STARTER STORY · SPANISH · C2

Fe de erratas

Fe de erratas

Elvira Duarte llevaba cuarenta y un años corrigiendo las frases de otros y, desde que se jubiló, descubrió que el hábito no se jubilaba con ella. El insomnio, que llegó puntual como una última entrega, le devolvía cada noche una ciudad llena de erratas que nadie más parecía advertir: un cartel con una tilde de más, un buzón torcido, un número de portal que no coincidía con el de la escritura del edificio.

Al principio se limitaba a mirar. Después empezó a llevar en el bolso un pequeño estuche con las herramientas de toda corrección discreta: un destornillador, cinta adhesiva, un bote de pintura del mismo azul que usaba el ayuntamiento en las señales, comprado, con cierta vergüenza, en la misma ferretería donde había comprado tantos años el papel de calco.

Sus noches empezaron a organizarse como galeradas. Salía después de las dos, cuando ni siquiera los taxis discutían ya con la ciudad, y caminaba con el paso de quien revisa un texto por tercera vez, buscando no lo evidente sino lo que se esconde precisamente porque ya se ha leído demasiadas veces sin verlo.

En su cuaderno, el mismo con que había corregido en papel toda su vida, antes de que los periódicos se mudaran a las pantallas, empezó a llevar una relación de lo corregido. La primera entrada, fechada un martes de octubre, decía simplemente: «Corrección, calle Alfonso XII: farola número 14, inclinación de seis grados, enderezada. Cartel de la lavandería: falta la tilde en “rápido”, añadida con rotulador azul, discreto.»

Nadie le había pedido que corrigiera la ciudad, de la misma manera que nadie le pedía, durante cuarenta y un años, que corrigiera las comas de los demás: simplemente veía el error y el error le dolía físicamente, en algún lugar entre los ojos y la garganta, hasta que lo arreglaba.

Con los meses, las correcciones crecieron en ambición, aunque ella insistía en que solo crecían en oportunidad. Enderezó papeleras. Rescató del contenedor equivocado un cubo de reciclaje que alguien había cambiado de sitio. Ajustó, con una llave que no sabía que sabía usar, el reloj público de la plaza de la Merced, adelantado siete minutos desde hacía, según sus cálculos, casi un año.

Circulaban, entre los vecinos madrugadores, teorías sobre quién enderezaba las señales de tráfico y quién rellenaba de pintura los baches del carril bici antes de que el ayuntamiento llegara con su maquinaria. Nadie sospechó nunca de la mujer menuda de setenta y tantos años que paseaba de madrugada con un perro imaginario, porque Elvira, con el instinto profesional de quien ha pasado la vida siendo invisible en los márgenes de un texto ajeno, se cuidaba mucho de no llamar la atención.

Solo una vez estuvo a punto de ser descubierta. Un policía joven la paró una noche mientras enderezaba una señal de «Prohibido aparcar» que llevaba meses mirando al cielo en lugar de a la calzada. «Señora, ¿qué hace?», le preguntó, más desconcertado que suspicaz. «Corrijo una errata», contestó ella, y algo en su tono, la autoridad tranquila de cuarenta y un años de oficio, hizo que el policía asintiera y siguiera su ronda sin más preguntas.

Había, sin embargo, una errata que Elvira nunca corrigió, y de la que su cuaderno de correcciones nocturnas no decía una palabra, aunque probablemente fuera el origen de todas las demás. Estaba en la última página del periódico donde había trabajado toda su vida, en la sección de esquelas, en un mes de febrero de hacía nueve años.

La esquila de su marido, Mateo, decía que había muerto a los sesenta y siete años. Había muerto, en realidad, a los sesenta y ocho: el redactor de guardia aquella noche, un chico nuevo que no la conocía, había restado mal, o quizá había copiado mal la fecha de nacimiento de la ficha del hospital. Elvira, que revisaba galeras hasta el día antes de jubilarse, no trabajaba esa noche. Cuando vio el error, el periódico ya estaba en la calle.

Podría haberlo corregido al día siguiente, una simple fe de erratas en la edición del jueves, dos líneas discretas que nadie fuera de la familia habría notado. Se sentó a escribirla. La escribió, de hecho, tres veces distintas, con la caligrafía precisa que usaba para señalar los errores ajenos. Las tres veces la rompió antes de entregarla.

No sabía explicar, ni siquiera a sí misma, por qué. Quizá porque corregir la edad de Mateo en letra impresa era admitir, con la autoridad fría de la tipografía, que el número sesenta y ocho existía y que ella no había estado allí para impedirlo. Quizá porque un error compartido con medio pueblo se sentía, de manera absurda, menos solitario que una verdad que solo ella conocía.

Así que dejó que la errata se quedara. Sesenta y siete años, decía el papel, para siempre, en el archivo del periódico y en la memoria de cualquiera que hubiera leído aquella página. Y desde entonces, sin proponérselo del todo, Elvira empezó a corregir todo lo demás, como si el mundo entero pudiera devolverle, errata por errata, la única que se había permitido dejar sin tocar.

Su cuaderno de correcciones nocturnas llenó, con los años, once libretas idénticas, compradas siempre en la misma papelería. La undécima, la que llevaba consigo la noche en que empieza y termina, en cierto modo, esta historia, tenía una fecha equivocada en la primera página: 30 de febrero, un día que el calendario no conoce.

Ella misma no sabría decir si el error era un despiste de su mano, cada vez menos firme, o una última broma que se permitía después de toda una vida de exactitud ajena. Lo cierto es que nunca lo corrigió, y que el cuaderno quedó así, abierto por una fecha imposible, sobre la mesa de la cocina, la noche en que decidió caminar, por primera vez en nueve años, hasta el cementerio.

Llegó pasadas las tres. La lápida de Mateo, gris y sencilla, seguía diciendo sesenta y siete años, con la misma seguridad tranquila con que todas las erratas se presentan al mundo: sin disculpa, sin saber que lo son. Elvira se sentó en el bordillo de al lado, sacó del bolso el destornillador, la cinta, el bote de pintura que ya no necesitaba para nada esa noche, y los dejó en el suelo, entre la hierba.

Se quedó mirando la piedra un rato largo, el tiempo suficiente para que el frío le subiera de los pies a las rodillas. Pensó en las once libretas, en la farola de la calle Alfonso XII, en el reloj de la plaza de la Merced, que ahora daba la hora exacta a una ciudad que jamás sabría a quién se lo debía. Pensó que había pasado nueve años corrigiendo todo lo corregible precisamente para no tener que corregir lo único que de verdad le dolía.

No tocó la lápida. Por primera vez desde que empezó a caminar de noche, decidió dejar un error donde estaba, no porque no supiera corregirlo, sino porque entendió, sentada en el bordillo frío, que algunos errores son la única prueba que queda de que alguien fue amado sin condiciones, sin revisión, sin una sola coma cambiada después de los hechos.

Volvió a casa cuando ya clareaba, cosa que no le ocurría desde hacía años. Guardó la undécima libreta en el cajón con las otras diez, sin corregir la fecha imposible de la primera página. Esa noche, y solo esa, durmió de un tirón, sin despertarse a comprobar si el mundo, mientras tanto, se había desalineado otra vez.

El ayuntamiento, meses después, instaló una placa nueva junto al reloj de la plaza de la Merced, agradeciendo a un donante anónimo su contribución al mantenimiento del patrimonio urbano. Nadie relacionó nunca aquella placa con la anciana que ya no salía de madrugada. Y en el archivo del periódico, en la página de esquelas de un febrero ya lejano, sesenta y siete años siguen siendo, para quien allí los busque, la edad exacta a la que murió un hombre llamado Mateo.

OQOU STARTER LIBRARY

This story is from oqou's free starter library, graded at C2 for Spanish readers.

Read it interactively in the oqou app: tap any word for an instant translation, listen with natural narration, and carry your saved vocabulary into every story you read next.

oqou.app

[Download oqou on the App Store](#)

oqou •